EL BANCO EMISOR Y LA CULTURA

Al favor de la pedantería técnica, jactanciosamente adversa a las manifestaciones del espíritu, parece estar prosperando en algunos círculos la necia iniciativa de poner coto a la obra de cultura del Banco de la República. Los promotores de semejante disparate suelen escandalizarse, con la ayuda de sus textos de cabecera, por el hecho de que una institución de esta naturaleza haya osado enaltecer su misión imprimiéndole rasgos perdurables de sensibilidad humana y claro sentido estético. A la luz de su criterio, resulta extravagancia inadmisibles, en el mejor de los casos, el esfuerzo por abrir ventanas a la ignorancia nacional o por llevar el destello del arte a zonas de opacidad y de rutina. Mejor sería, a su modo de ver, mantenerla oscuramente encerrada, en sus bóvedas, sin permitirle siquiera preocuparse por las cosas olvidadas del país donde funciona.

Los ciudadanos, sin embargo, no habrán de guardar silencio sobre una cuestión que tan directamente los afecta. Todavía piensan, para fortuna de Colombia, que la cultura y la técnica no son incompatibles. Por sobre las cifras escuetas, se alzarán, en todas las épocas y en todos los sitios, la sed de nuevos conocimientos. Aún sistemas de gobierno tan pragmáticos como el soviético no vacilan en promover y facilitar la lectura. Pero no es posible, ni aquí ni allá, exigir que cada persona adquiera sus propios libros. Sería la mejor manera de prolongar o de estimular los privilegios. La solución ineludible es la biblioteca pública, ella sí verdaderamente revolucionaria, por cuanto contribuye a enriquecer las inteligencias, sin discriminación.

Entre nosotros lo ha habido, aunque no en el grado deseable. Ante la manifiesta deficiencia, el Banco de la República ha acudido a reforzarla, ejemplarmente, con un foco de estudios y de letras que como pocos nos honran. Se preguntará cómo puede ser lógico que un organismo bancario, sometido por sus deberes a trabajar en función de dinero, crédito y guarismos, se atreva en un pueblo subdesarrollado a distraer tiempo y recursos en tareas culturales. Ahí está el secreto. Puesto que la ignorancia es nuestro peor flagelo, y no existe, como en los países avanzados, un acervo suficiente para vencerla, urge la cooperación decidida de quienes por su buena voluntad y por su capacidad económica puedan prestarla. Nuestro Banco de la República ha sentado cátedra en la materia. No nos dolamos de que así haya sido. Por el contrario, tratemos de propagar su ejemplo, inclusive en la doctrina del desarrollo, y ayudémoslo a ennoblecer, embelleciéndolo, el papel que le corresponde desempeñar.

No faltará el argumento de que lo importante es producir a toda costa. Ya se ha demostrado que ello no se consigue sino capacitando al elemento humano. Y, yendo más lejos, reivindicemos, para el espíritu, su derecho al esparcimiento. Quienes no gustan de los jardines públicos, ni de los campos de recreo, ni del alma sana en cuerpo sano, pueden concebir al hombre como simple animal de trabajo. Pero contra este pobre ideal, si de tal modo puede llamársele, se levantará nuestra especie y proclamará que sin letras jamás habrá auténtico bienestar. Las satisfacciones materiales no son todo en este mundo. Los pueblos reclaman bibliotecas, altos estudios, emoción artística, buena música, oportunidad de aprender y oportunidad de pensar. Hasta los déspotas rudos quisieron compensar aquello de que carecían rodeándose de inteligencias selectas.

El Banco de la República ha extendido ciertamente su misión a diversos flancos. ¿Cuáles? Administrador de las salinas, no se contentó con explotarla eficientemente, sino que las convirtió en lugar de peregrinación y turismo. Nadie debe sentirse autorizado para criticarlo por esta espléndida obra. En un país donde tan pocos atractivos tenemos para los visitantes extranjeros, es admirable, en realidad, haber trocado un socavón, color de mugre, en templo de líneas esbeltas, quizá único en el planeta. Nuestra Catedral de Sal es hoy expresión autóctona del arte colombiano y creación que resistirá el paso de los años. La intransigencia técnica no le ahorrará, seguramente, su homenaje, ni dejará de mostrarla a propios y extraños como uno de los grandes monumentos nacionales. ¿Quién habría podido hacerla si no el Banco de la República?

También la Casa de Moneda. Aureolada por la historia, podría ser, en nuestra época, una edificación envejecida y llena de grietas como tantas otras. El Banco de la República, por fortuna, no creyó que su obligación fuera tan solo la de acuñar nuevos signos de pago. Funcionalmente, como ahora se dice, habría sido lo indicado. Pero hay consideraciones patrióticas de decoro, y, además, de estética, que le recomendaban transformar el viejo caserón en recinto hospitalario, digno de la veneración de los colombianos. ¿Despilfarro? No. Eficaz servicio a la comunidad.

Prosiga el Emisor en sus fecundos empeños culturales sin interferencia de la pedantería técnica. Y no nos acongoje que haya en él un distintivo peculiar de nuestra organización, aunque no se encuentren antecedentes en otros países ni se pueda establecer paralelo. Si las instituciones de su género no muestran la misma sensibilidad, el mismo fervor por cuanto el espíritu se refiere, que el nuestro sepa dar el ejemplo y presentar orgullosamente sus características.

Tomado de "El Tiempo", jueves 8 de marzo de 1962.